



Sueño del Bosco Ed. Javier Blasco

Dulce tiranía de los sentidos es el sueño, y suabe paréntesis de las tareas de la humana vida. Cansado, pues, yo de las de mi ejercicio, arrimando los pinceles y la paleta, me recliné sobre una silla y me hallé sin sentir en los brazos dulces de Morfeo y, como no es nuevo que en mi fantasía (aún más que en la de otros) se mezclen las especies y confusamente se embaracen las imágenes de los obxetos, apenas me dormí quando comencé a hacer de las mías o, por mejor decir, de las de Obidio en sus también soñados *Metamorphoseos*.

Parecióme que vehía un magestuoso carro no de otra forma y arquitectura de la que vsauan los emperadores romanos en sus triumphos. De este, pues, carro triunfantes, me pareció que hiban tirando seis bien proporcionados racionales, que a mi parecer yban cautelosamente disfrazados, pero no tan del todo que nno los pudiese brujulear, atenta, la Curiosidad, pues al vno se le sacaua por el olor; al otro se le conocía por la Presopopeia; al otro, por la fantasía; al otro, por la lacería.

Venía sobre el referido carro, fuertemente amarrado, vn hermoso castillo (y me pareció que el tal castillo hera hembra), de cuyo omenaje (como del otro sagrado) vistosamente adornados pendían muchos escudos, y a las barras que fueron glorioso blason de los Jaymes, Ramiros y Ramones, yva el Morciégalo, que es el enigma de las aues.

Sobre este, pues, bien pertrechado Castillo, arrogantemente valeroso se dejaua ver de todos NAUX DETRIA SUA, cauallero andante que, por libertar vna Reyna, desencantar vn Palacio, y desacer vnos desaguisados tuertos, embrazaua vn león por

adarga, vn rayo por lanza, y retaua a su competidor con este mote “SUB LIBERTATE CHARITAS”.

Esto me parecía que pasaba en la gran ciudad de Dridna, en el espacioso sitio que ciñen vn puente y vn parque. Cuando en otro, si no tan vistoso, más magestuoso carro tirado de seis benerables NITARTEOS mañosamente osados y bestidos de sendas garnachas, bajaua CORNOSEF, descomunal gigante, a quien su dicha hauía puesto por guarda de la referida Reyna y del encantado palacio. Hauía este por celada una toca de dueña bien prendida; por escudo, vn almoadada de estrado; y una caña de las doctrinas por lanza. Envistió eon el mote siguiente: “SUB CELO CONSERUATIO”.

Hera su cochero el gran LANNTERAM, que con vn bonete por sombrero y por látigo una larga bolsa, pensaua atemorizar, todo abenturero. Pero no menos arrogante, regía el carro del otro el grande y fuerte OSNAO.

–fol. 1–

Acompañauan a NAUX ynnumerable multitud de chicos y grandes, vnos bestidos de Papagayos, otros de rapantes águilas, otros de Milanos; estos, caualleros en lobos; aquellos, en leones domados o liebres, según les ympelía la intención o coraje.

A CORNOSEF no menos le serbían de escolta alguna compañía de soldados, que bestidos en lo exterior de lobas y manteos, y interiormente bestían de el auito de Malta, pero lo que más hacía al caso hera otra, si no de soldados, experta compañía que cuidaua de as minas y las máquinas.

Hérame gustoso expectáculo el mirar en tan lucidos campos competir vistosamente la riqueza con el arte, la maña con el disimulo, el valor con la cautela y el temor con la esperanza, pero el objeto más gustoso fue vn numeroso escuadrón de caualleros en sus asnos y metidos los pies en las alforjas, que de fríos o tibios se hauían retirado haciendo el papel de neutrales.

Carearonse, al fin, los dos ejercitos y, apenas las cajas y clarines rompieron el silencio y dieron señal a la batalla, quando trabándose a lo largo una (aunque lebe) escaramuza se tirauan de vna y otra parte papeles enerbados. Impaciente entonces NAUX, viendo el poco fruto de la papelera, hecha segunda seña de acometer enristró a su competidor con tal denuedo la lanza que, pasándole la almoadada (que por adarga trahía), dio en tierra con el portentoso gigante. Aquí fue la clamorosa voceríoa, aquí el apellidar de la victoria, y aquí el boluarse contra CORNOSEF sus soldados y lo que es más, el acudir a tirarle sus lanzas los neutrales, pues apenas le vieron cahído en tierra, quando sacando los pies de las alforjas, ellos también cayeron de sus asnos.

Pero, ¡oh ánimo genroso del andante cauallero!, pues apenas vio en tan conocido riesgo de la vida al gigante, quando defendiéndole de los cobardes alevosos que yndefenso matarle yntentauan, le lebantó de la tierra y curó piadosamente las heridas con vn letuario de los que en tales casos vsaba don Quijote; y, sano y salbo, le embió al país de DIAMALEA, que hera su patria.

Bencido ya el gigante y recogido los despojos, prosiguiendo su triumpho, se encaminó al baliente Naux, a rescatar la aflixida reyna y desncantar el imperial palacio, y como ya el tal estaua sin defensa, apenas llegó a él, quando, franqueadas las puertas todas, pudo entrar, acompañado de los caualleros de más prez, hasta vn salón d eperegrina arquitectura donde más peregrina, como la rosa entre las flores, estaua entre sus hermosas damas la bellísima NAYARMA, que este hera el nombre de la reyna.

Deslumbrado entonces el gallardo mancebo de tan singular magestad y belleza, postrado a sus pies, la ofreció sus afectos, la sacrificó sus triumphos y la significó tenerse por dichoso e hauer merecido el padecer por su rescate tantos trauaxos.

–fol. 2–

La sin par NAYARMA, entre alegre y graue, agradeciéndole la libertad, le hechó (con toda vmanidad) los brazos. ¡Mucho fue de ver y oír lo que pasó en aquel breue rato, pero si pudo soñarlo mi fantasía, no le es concedido a mi pincel el pintarlo. Lo que sé decir es que estandose debajo de un rico dosel, la reyna mandó al baliente capitán que, según lo que hauían conferido, hablase al pueblo y a sus soldados.

Obedeció Naux y, hecha la deuida reberencia a la reyna, díjole de este modo:

—“¡Oh Príncipes poderosos de esta dilatada Monarquía! ¡Oh ynclitos caualleros de este imperio poderoso! ¡Oh vasallos leales de nuestra serenísima NAYARMA! ¡Escuchad! ¡Escuchad que vuestro caudillo os habla!

—“Bien sauéis, ¡oh inseparables caualleros!, cuántos trujos y fatigas ha superado vuestro generoso ánimo, y el mío, por la victoria que oy tan gloriosamente hemos alcanzado. No ygnoréis cuántos monstruos de dificultades (por libertar la reyna y para librar el oprimido reyno) hemos de bencido; bien lo sauéis. Pues ahora os adbierto que no por eso en adelante hemos de dormir en el ocio descuidados; no por eso, bueltos al antiguo desorden, hemos de querer lograr en vicios el fruto de la victoria, pues sólo aquel se tiene por triumpho donde en mejoras de estado y costumbres se logra el bencimiento.

¿Qué importara (decidme) el hauer superado ymposibles por la común quietud, si se dejaren las cosas como antes se estauan? ¿Qué nos baldrá el hauer bencido gigantes portentosos, si no bencemos también en nosotros mismos los Monstruos de la vanidad, ynterés y codicia, que son las fieras que yntestamente nos están acauando.

Esta victoria, ¡oh Príncipes y caualleros! es la que nos falta y, alcanzada esta, podremos resistir a tan fuertes enemigos extranjeros que quieren contrastar esta corona; y, no alcanzada, seremos vil y breue despojo de nuestros enemigos.

A esta, pues, victoria os exorta mi celo singular; a este bencimiento os alienta mi conocimiento y desengaño”. Dijo, y apenas acauó, quando tocando las cajas y clarines se escuchó en confusa bocería: ¡Guerra, Guerra! ¡Arma, arma!”

Lebantóse al punto con balerosa resolución la reyna y dijo:

—“¿Pues, si en eso consiste el remedio de los males presentes y futuros, yo quiero ser el exemplar primero! ¡Empiece el bencimiento en mí! Desde luego mando que se reforme de criados y gastos supérfluos mi casa”.

—“Lo mismo mando yo en la mía, prosiguió NAUX, y juntamente renuncio para guerra contra infieles los gajes que gozo en la cruzada”.

Prosiguieron los ministros:

—“Pues, nosotros también renunciamos (como agenos de nuestra profesión) los Auitos militares; renunciamos Luminarias y propinas y todos los gajes, menos los de vn consejo.”

Prosiguieron los criados de la casa –fol. 3– real:

—“Pues nosotros, contentándonos con sólo la honra de criados familiares, renunciamos los salarios que por ello gozamos.”

Prosiguieron los asentistas:

—Pues nosotros, contentos con que se nos haga vna merced moderada, perdonamos quanto la Real Hacienda nos debe.”

—Pues, siendo esto así”, prosiguió gustosa la reyna, “yo reduzgo a solo vn tributo moderado quantos en el reyno se pagan”.

—“¡Víctor, victor!” , dijo todo el concurso.

—“Llámesse al secretario del universal despacho que lo ponga por scripto”.

Vino el secretario en fin (mas reparé que no hera YOLLAO) y, escribiendo todo lo referido, prosiguió la siguiente pragmática:

“Que en los cuatro presidios de Orán, Ceuta, Larache y la Mamona se coloquen las cuatro órdenes militares (en que entra la Montesa) gobernadas por cuatro teniente del gran maestro, donde , militando, obten por antigüedad las encomiendas.

“Que premie con auitos de las órdenes tomándoles en cuenta los años de servicio para la graduación de las encomiendas, y tomando forma para que les hagan las pruebas sin gastos.

“Que se ponga coto a las religiones en la recuperación de novicios por la suma despoblación, y pongo a todo lo eclesiástico límite en la recepción de mandas testamentarias y crecimiento de las haciendas.

Que se jubilen los ministros yneptos y consuman las plazas supernumerarias, y más las de los entretenidos y supérfluos.

Que no se den plazas, secretarías, ni gobiernos en casamientos , sino que con ellas se premien méritos de las letras y armas.

Que los obispos perseberen en sus obispados y no se llebarán los romanos en bullas tanta plata.

Que no se vista ninguno ni adorne su casa ni persona con ropa que no sea de nuestro reyno.

Que se destierre del la ynfecunda casta de machos y mulas y se fecunde con la de cauallos y yeguas.”

Escritas estas y otras leyes, y confirmadas, se leyeron y confirmaron desde vn balcón de palacio a la multitud, que esperaua ansiosa el fuego, y fue tal la alegría, los vítores y boces, que me despertaron.

Desperté, en fin, mi profundo sueño y dije:

—“Verdaderamente que, como yo sueño dormido, otros deben de soñar despiertos”

Traslado a las cartas del otro día, en que siendo vno el autor (como del estilo se colije), dio muestras de que las escribía dormido, o que, si las escribía despierto, soñaba; pues, de otra suerte no las escribiera del cielo y del infierno, siendo partes tan diferentes y distantes.

—fol. 4—

En fin, yo no creo en sueños, ni dormidos ni despiertos, pero pinto los que sueño, para que en ellos vean otros los engaños de mi imaginación o sus desengaños. Lo que sé decir es que, si este de cómo os le he pintado no se os despinta, será cuadro de no poca estimación para la monarquía. Pero, si se despintare, lo último que toca a la reformation no baldrá un maravedí, aunque quede al olio lo demás del cuadro. Dios disponga lo que más combenga. BOSCO

NOTA PARA ACOMPAÑAR EL TEXTO

No puedo evitar unas pocas palabras para situar el texto que aquí se presenta y que no ha sido (que yo sepa) editado antes. De este mismo sueño se conocen varios manuscritos. M. Etreros (Cfr. *La sátira política en el siglo XVII, op. cit.*), además de localizar otros textos con mismo título de “Sueño del Bosco” que nada tienen que ver con el que ahora editamos en la Biblioteca Universitaria de Barcelona o en la Colección Salazar, menciona copias de este mismo texto en el ms. 18216 de la BNE y en los mss. Eg. 327 y Eg. 354 de la British Museum Library). Ninguno de estos últimos ofrece nombre de autor, como no lo ofrece el ms. que —no conocido por la

bibliografía– yo sigo, y que pertenece al Archivo Universitario de Valladolid (legajo 9265).

El “Sueño del Bosco” es una sátira que se inscribe en una rica tradición barroca (Cfr. Jesús Gascón Pérez ed., *La rebelión de las palabras: sátiras y oposición política en Aragón 1590-1626*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003) y que, en tiempos de Carlos II, hizo copiosa cosecha adquiriendo un papel político de primera importancia (Carlos Gómez-Centurión Jiménez –en “La sátira política durante el reinado de Carlos II”, *Cuadernos de historia Moderna y Contemporánea*, 4, 1983– registra 91 mss. para este momento, remitiendo más concretamente a los mss. 17.534-35, 18.206 al 18.212 y 18216 de la BNE).

Por su contenido, el “Sueño del Bosco”, dentro de la más pura tradición genérica de la sátira, llega a nosotros sin firma y bajo la forma genérica de los “sueños” o “visiones”, que Quevedo había naturalizado desde principio de siglo. Su autor recurre a la narración de un torneo caballeresco, que, mediante la deformación imaginativa demanda una lectura alegórica. Y mediante el juego de acrósticos a que responden los nombres (por ejemplo: Dridma = Madrid; Naux = Juan; Nayarma = Mariana; Daiamalea = Alemania) el sueño apunta directamente a una desambiguación de la alegoría en clave política y en el contexto de los libelos y pasquines que, durante el reinado de Carlos II, se produce entre los bandos de don Juan José de Austria y del jesuita Nithard, en un activismo publicista bien documentado (es conocida una colección de las sátiras favorables a Nithard: «Razón de la sinrazón», British Museum, ms. Eg. 355. f. 168 y ss.). El éxito de la sátira política durante el reinado de Carlos II tiene mucho que ver con el convencimiento, entre los grupos de poder del momento, de que la sátira, en forma de pasquín o de libelo, podría resultar un arma extraordinariamente poderosa para agitar a las masas y para mover la opinión pública. Y el “Sueño del Bosco” pertenece a este contexto, como pertenece a este contexto el “Sueño de don Félix Lucio”, un poco posterior al que ahora nos ocupa, que casi con toda seguridad es de Juan Cortés Osorio y que representa a la facción contraria a la de don Juan José de Austria, de donde procedía el “Sueño del Bosco”.

Por los hechos concretos que refiere podríamos fecharlo con bastante seguridad en torno a ese 25 de enero de 1669, en que Nithard hubo de abandonar la Corte, ante la marcha de don Juan José hacia Madrid, con una escolta militar, dispuesto a poner por obra las amenazas de los pasquines: «Para la reina hay descalzas / y para el rey hay tutor, / si no se muda el gobierno / desterrando al confesor» (BNE *Mss.* 2.582, *fol.* 124).

Si el origen de nuestro sueño hay que buscarlo en el bando de don Juan, “quien –en palabras de Carlos Gómez-Centurión Jiménez (art. cit., p. 13)– convirtió auténticamente la publicística en técnica de golpe de Estado”, se convierten en candidatos a la autoría de este “Sueño” el

secretario del Infante, Fabro Bremundán o el padre Guerra, quien sabemos que participó, con textos como el titulado «Visita de la Esperanza y el Tiempo» (BNE, *Mss.* 18.208, f. 1r-17r.), en el activismo político de don Juan José de Austria.